

# SUPLEMENTO INFANTIL

## DE

# EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 20 de Mayo de 1925

### La avaricia rompe el saco

(CUENTO PARA NIÑOS)

Levi, rico y avariento mercader judío, calóse las gafas que cabalgaban sobre su nariz corva, que más bien parecía el pico de un aguilucho, y con sus ojillos escrutadores lanzó una mirada inquisitiva a su interlocutor, un islamita con trazas de pobre diablo, que le miraba a hurtadillas y con muestras de visible quietud estaba pendiente de la decisión que iba a tomar el usurero.

Este sumido en profundas cavilaciones nacidas al calor de la inextinguible avaricia, que cual llama ardorosa consumía su vida, examinaba estupefacto un grueso diamante que tenía sobre la palma de su mano, creyendo soñar ante la contemplación de aquella coruscante piedra una vez hubo convencido de que era tan legítimo como valiosa.

No se decidía a dar precio por ella, cuando súbitamente inspirado por la desconfianza y el recelo, condiciones innatas en él, preguntó:—¿Como ha ido a parar a vuestras manos este precioso diamante?

Hizo un gesto de contrariedad el aludido, ante pregunta tan indiscreta, y fingiendo una indiferencia que estaba muy lejos de sentir, contestó:—Yo, señor Levi, he venido a ofrecerle un bonito negocio, quizá el más importante que ha realizado en su vida, y me sorprende en verdad su pregunta; más tenga bien entendido, que de poder hacerlo, hubiera ido a venderlo a cualquier joyero del reino antes que venir a la zuharda de un usurero prestamista.

La perfidia del avaro y su costumbre de tratar largos años con gentes rufianescas, exentas de moralidad y amantes en demasía de lo ajeno, le dió a entender que se las había con un hombre de no muy sanos principios y pocos escrúpulos; no obstante, procediendo con cautela, trataría de aprovecharse de aquella víctima que le brindaba la antojadiza Casualidad tan felizmente.

—Le ofrezco por el diamante dos mil dracmas—dijo, envolviéndolo en una penetrante mirada, para leer en su semblante el efecto que aquella cantidad le producía.

—¡Dos mil dracmas!—exclamó el vendedor de la joya entre asombrado e incrédulo, por aquella mezquindad ofrecida.—Vos seguramente habéis perdido el juicio... y verdaderamente lo siento, porque rechazáis un magnífico negocio...

Entonces, contrariado el judío, rehusó.

—No me gusta perder el tiempo lastimosamente... Decid, pues, ¿cuánto queréis por él?

—Pido, para que no rechacéis mi oferta, diez mil dracmas, y tenedlo bien presente, ni uno menos. ¡Yo no estoy dispuesto a regalaros un diamante que en su valor justo vale más de cien mil!

Al oír mentar aquella suma para él fabulosa, el usurero creyó que era objeto de una alucinación; pero realmente se engañaba, pues tenía delante al islamita que le miraba despreciativamente, censurando su egoísmo. Además, haciéndose cargo nuevamente de la valiosa piedra, convencióse de que había dicho verdad al justipreciarla; así, que antes que aquel se arrepintiera, exclamó:—¡Venga! ¡trato hecho...!

De entre un informe montón de muebles y objetos esparcidos en el mayor desorden por la laberíntica covachuela, sacó unas bolsas repletas de dinero, y después de contar y recontar las monedas, que el islamita guardó en su alforja, y verle marchar con su carga al hombro, frotóse las manos, expresando así su regocijo:

—¡He realizado el negocio más grande de mi vida!—pensó.

Bagdad la maravillosa ciudad bañada por las cristalinas linfas del caudaloso río Tigris, era en aquellos tiempos la capital del Califato de Oriente.

El Califa, un hombre generoso en extremo, que amaba a sus súbditos con paternal cariño, tenía una hija llamada Zobeida, de tan peregrina hermosura, que todos, cortesanos y plebeyos, la designaban con el nombre de «la perla de Oriente».

Padre e hija, ligados por el profundo amor que se profesaban, y sin olvidar las exigencias palatinas a que su elevada condición les tenía sujetos en dorada cadena, no sentían en su pecho otro anhelo que el de sembrar el bien y proporcionar la paz y la felicidad de su amado país cuya regencia les estaba encomendada.

Zobeida, que a sus primorosos encantos físicos unía nobilísimas virtudes, diariamente por su propia mano socorria a una legión interminable de mendigos y caminantes que acudían a palacio, porque la fama de bienhechora de que gozaba la gentil princesita había llegado hasta los más ignorados confines de la tierra; así, pues, no era extraño que en Bagdad se reuniesen seres de todas las razas y diversas religiones.

Saboreando la íntima satisfacción que sus obras misericordiosas en pro de los menesterosos le producía, un día

Zobeida, al retirarse a su aposento, observó con el natural estupor que un grueso diamante que lucía en el dedo índice de la mano derecha había sido arrancado de su montura. Huelga decir que ésta, ante el robo tan inaudito de que había sido víctima, quedó desfallecida por breves momentos, y al repenirse de aquella dolorosa impresión experimentada, corrió presurosa a comunicársela al Califa, su padre, tan sensacional caso.

Se hallaba éste platicando con un príncipe persa que había venido expreso a conquistar nada menos que «la perla de Oriente», cuando Zobeida, con la más viva emoción pintada en su bellísimo rostro, penetró en la regia y magnífica estancia, arrojada por las más exquisitas esencias que emergían de artísticos pebeteros.

En pocas palabras, Zobeida púsole al corriente de lo que sucedía, y ante la cólera del Califa por la desaparición de tan preciada joya, más aún por el valor histórico que representaba, pues era una reliquia venerada de sus augustos antecesores, el príncipe persa ofrecióse galantemente a buscarla, seguro de que la encontraría, aunque para ello tuviera que descender hasta el fondo de los mares o bien penetrar en las profundidades laberínticas del Averno.

Sorprendió el Califa por la decisión tan impetuosa y caballeresca del enamorado galán, que así vería realizadas sus ambiciones de ser un día dueño legítimo de la encantadora princesita, tesoro para él más codiciado que todos los fantásticos tesoros de la tierra, le dió bríos para emprender su arriesgada empresa, en la que no faltarian obstáculos que vencer, y alentado por la ilusión que encerraba el suspirado ideal de una vida, salió de palacio, dirigiendo sus pasos hacia la calleja donde el mercader Levi tenía su guarida.

Aviesas intenciones acariciaba nuestro príncipe, tan hábilmente disfrazadas, que con el pretexto de adquirir un objeto de arte penetró en la tienda.

El mercader, con el hipócrita servilismo que caracteriza a los judíos, salió al encuentro del visitante, y haciendo una acentuada reverencia, dijo:

—A vuestros servicios, señor. ¿En qué puedo seros útil?

—Vengo a adquirir algunos objetos para mi palacio, mas antes, decid, noble mercader, ¿no podríais venderme un diamante del mayor tamaño?

—Señor—contestó Levi,—no puedo complaceros en lo que me pedís, porque esas joyas tan valiosas, a más de que escasean, solo podríais encontrarlas en la tienda de algún joyero famoso.—Y des-

pués para que no sospechase el visitante la existencia del diamante que horas antes había adquirido, agregó:—Mi fortuna, señor, no es lo bastante cuantiosa para permitirme tener en casa piedras deslumbradoras, que cada una de por sí sola vale inmensa riquezas. Sin embargo, como os he dicho, podéis recurrir a los joyeros... Ellos quizá puedan satisfacer vuestro deseo...

Viendo el príncipe que de seguir preguntando a quel hombre tan astuto e impenetrable no sacaría nada en limpio de cuanto ansiaba saber, puso en su mano una moneda, que el mercader al pronto reusaba aceptar, pero que al fin aceptó, y salió de la tienda.

Este, al quedarse solo contemplando la moneda recibida, tuvo un momentáneo presentimiento. No es que los dracmas no circularan por aquel entonces, pero tampoco era una moneda corriente, y la coincidencia de que el misterioso visitante pagase sus informes con esta clase de moneda, cuando horas antes había desembolsado una importante cantidad de dracmas, le dió mucho que pensar...

Sumido estaba en sus pensamientos, cuando unos hombres de aspecto vulgar se detuvieron a la puerta de su tienda, comentando a grandes voces el robo del diamante y la recompensa que el Califa había ofrecido al venturoso mortal que encontrase la joya.

Levi, que todo lo había oído perfectamente, lanzó un grito de asombro. ¿Pero sería posible que mi diamante sea el que con tanto afán busca el Califa? Con el propósito de salir pronto de dudas y vislumbrando en el horizonte de su irrefrenable ambición la realización de un magnífico negocio, guardóse en uno de sus bolsillos la deslumbrante piedra, y después de cerrar la tienda dirigióse presuroso a la mansión del Califa.

Ya en presencia de éste, preguntó:

—¿Qué se os ofrece, mercader judío?—Augusto señor, hace unas horas tengo en mi poder un diamante que he comprado a un islamita por cien mil dracmas. Examinadlo, pues, y ved si es el mismo que ha sido robado a la princesa Zobeida.

El Califa tomólo en sus manos, y al contemplarlo lanzó una indefinible exclamación de sorpresa y de gozo:

—¡Pero si es nuestro diamante Zobeida! Y decid, mercader, ¿si os pusiesen delante al hombre que os lo ha vendido le reconoceríais?

—Seguramente, señor. Su carácter ha quedado en mi profundamente grabado. Además, una cicatriz que tenía en la frente es un indicio inconfundible para descubrir al ladrón de la joya,

—Pues bien, judío, yo os la compro

Lavados en seco  
Colores vivos y sólidos a la muestra  
Lutos rapidísimos  
Plisados, acordonados, wattleaux,  
etcétera  
Se lavan, tiñen y rizan plumas  
Lavado de renards y toda clase  
de pieles  
Visillos, stores, cortinajes  
y alfombras

## TEINTURERIE A. CHATELAIN

BARCELONA

Representante en Menorca: VDA. DE J. SINTES

ANUNCIVAY, 26. — MAHÓN

La preferida de la gente chic

Ni más cara ni más barata que cualquiera de las de primer orden; pero la más pulcra, rápida y exacta

Tantas expediciones como vapores correos

en el doble del precio que os ha costado, o sea ofreciéndos por ella doscientos mil dracmas, felicitándote a la vez por haberme prestado tan importante servicio. Decid, ¿estáis dispuesto a venderla?

El mercader no contestó; se hallaba en aquel momento alucinado ante la belleza pertentosa y realmente fascinadora de Zobeida, a la que contemplaba extático, y aunque había entrado y a largo tiempo en los linderos de la senectud, tuvo la osadía de contestar:

—Califa, aunque me ofrecieris por el diamante todos los cuantiosos tesoros de vuestro reino no os lo cambiaría, y sin embargo, para demostraros que no me ciega la ambición, os pido por él una cosa solamente: que cumplais vuestro ofrecimiento al que presente la joya, ¡qué me otorguéis la mano de Zobeida!

El asombro del Califa y de su hija no tenía límites ante la ridícula decasbellada pretensión del mercader. La estupefacción fué general y en aquel preciso momento el príncipe persa que se hallaba confundido entre el personal palatino, avanzó unos pasos y situándose ante el Califa, exclamó:

—Por Mahoma, os juro que este hombre ha tratado de engañaros, sorprendiendo vuestra buena fe con una historia falsa, tejida por el mismo para sacar el mejor partido posible del diamante, que no lo ha comprado como asegura en cien mil dracmas... Este hombre fué... no pudo terminar la frase, porque el mercader levó en un arrebato de furor y con fuerzas en él insospechadas arrancó con su mano el turbante que ceñía la frente del príncipe, y ¡oh, sorpresa!, había reconocido en él por la cicatriz al islamita que le había vendido la joya.

Fueron unos instantes de verdadera confusión, y al verse éste desenmascarado, sintiendo sobre sí las acusadoras miradas de todos, trató de huir, pero al descubrir su intento le sujetaron fuertemente, obligándole a confesarse autor del robo tan audaz que había cometido, mientras fingiéndose mendigo recibía la limosna de manos de la caritativa Zobeida.

El presunto príncipe persa, de quien se supo más tarde era un temible aventurero, fué expulsado de Bagdad a instancias de la compasiva princesa, que se opuso a que le hicieran daño alguno, y el mercader Levi no sólo no consiguió la mano de «la perla de Oriente», si que también tuvo que restituir el precioso diamante y perder los diez mil dracmas que le costó su adquisición. Lo que demuestra de una manera harto convincente que «la avaricia rompe el saco».

JULIO FERRANDIZ PARDO,

Alcoy, Marzo 1925.

## La amarga historia de un pobre chico

En su sección de Tribunales han dado cuenta estos días los periódicos del fallo dictado por la Audiencia madrileña en un suceso que fué comentadísimo al hacerse público, y que ahora, al conocerse la absolución del protagonista, ha merecido el unánime asentimiento de la opinión.

Acaso algunos lectores recuerden el hecho de autos. Un pobre chico, hijo de una honrada familia de la clase media, cuando se hallaba preparándose para ganarse el sustento, vió derrumbarse su hogar por el peso de una inmensa desgracia. Su buen padre, el sosten de la familia, le fué arrebatado a ésta por la garrá implacable de la Muerte, y todos

quedaron, de la noche a la mañana, no solo bajo el peso del dolor, sino frente a frente de esa horripilante y espectral visión que es la miseria.

El pobre chico, en el hogar enlutado y sombrío, pensó durante los largos días que siguieron a su orfandad, por todo lo que tal vez no había pensado antes de ella.

Vió a su madre, viuda y desvalida errando como una sombra por las estancias desoladas; vió acaso a sus hermanas, pálidas y enlutadas, con los ojos amoratados de tanta angustia; vió, sin duda, a sus hermanitos pequeños desconcertados ante el paso de aquel huracán desatado en su hogar por las furias crueles de la desgracia.

Entonces, el pobre chico, el caudillo improvisado en cuya mano ponía el Destino la salvaguardia de aquella familiar morada, cercada por los chacales del hambre, se puso a recontar sus escasos medios defensivos. Abrió el armario, donde se guardaba todo el pobre patrimonio. Solo había dos mil pesetas. Para dos, para tres meses tirando mucho. ¿Y después?... El estudiaría, estudiaría sin descanso, para librar de la miseria a su familia. Ganaría las primeras oposiciones. Pero... era excesivamente perentorio el plazo. Sin embargo, el pobre chico se reclusó en su habitación lóbrega resuelto a consagrarse por entero al estudio. Más entre párrafo y párrafo que leía, su imaginación a pesar suyo, se le desmandaba como una oveja hacia los yertos eriales de la ruina de sus allegados. ¿Cómo aislar su pensamiento del magno problema que pesaba sobre el pobre chico? Y el tiempo, implacable, corría veloz...

En esto, la fecha de los exámenes se aproximaba, amenazadora. Entonces, el pobre chico, ignorante, concibió una idea desdichada. Ofrecer cierta cantidad a uno de los miembros del tribunal que había de juzgar su examen. Ofendido el profesor, denunció al audaz chicuelo, que fué preso y procesado por intento de soborno. Pero, al fin, los tribunales de justicia han dictado fallo favorable, y el pobre chico ha sido absuelto.

Como creemos que el profesor que denunció al pobre chico obró obedeciendo los dictados de su conciencia, y puesto que el pleito ha sido ya fallado por quien puede, nada hemos de objetar, como es lógico.

Pero, como el caso pudiera repetirse, nosotros vamos a decir lo que haríamos si fuésemos profesores y un pobre chico nos hiciese idéntica y poco grata proposición.

Nosotros (no se tome esto como fección, sino como opinión) escribiríamos una carta al pobre chico, en vez de denunciarle, diciéndole sobre poco más o menos.

«Distinguido señor: Lo que acaba usted de intentar en un instante, sin duda, de irreflexión, es impropio de un muchacho educado, como usted lo es seguramente. Teniendo en cuenta su inexperiencia, no tomo como agravio su acción, aunque bien pudiera. Pero como confío en que usted habrá de arrepentirse de ella en cuanto medite reposadamente, le invito a esa meditación, en la seguridad de que no volverá usted nunca a incurrir en un error, que tan caro ha podido costarle y para el cual tendrá usted mi perdón en el preciso instante de su arrepentimiento, que confío será en cuanto usted, joven educado, lea estas líneas.»

...Y colorín, colorao, lectores,

MIGUEL DE CASTRO.

## Fábulas de Lafontaine

### El León y el Mosquito

«¡Vete, bicho ruin, engendro inmundado del fango!» Así le denuesta el León al mosquito. Este le declara la guerra. «¿Piensas—exclama—que tu categoría real me asusta o intimida? Más corpulento que tú es el Buey, y le conduzco a mi antojo.»

Dice, y él mismo suena el toque de ataque, trompetero y paladín a la vez. Hácese atrás, toma carrera y se precipita sobre el cuello del León. La fiera rugge, relampaguean sus pupilas, llénasele la boca de espumarajos. Gran alarma en aquellos contornos; todos tiemblan, todos se esconden; ¡y el pánico general es obra de un Mosquito! El diminuto insecto hostiga al régio animal por todos lados: tan pronto le pica en el áspero lomo como en los húmedos hocicos, o se le mete en las narices. Entonces llega al colmo la rabia del León. Y su invisible enemigo triunfa y garrá, al ver que ni los colmillos ni las garras le bastan a la irritada fiera para morderse y arañarse.

El rey de los bosques se hiere y desgarrá el mismo; golpea sus flancos con la resonante cola; azota el aire a más no poder, y su propio furor le fatiga y le abate.

El Mosquito se retira de la pelea triunfante y glorioso; con el mismo clarín que anunció el ataque, proclama la victoria; corre a publicar por todas partes la fausta nueva, pero da en la emboscada de una araña, y allí tienen fin todas sus proezas.

¿Qué lecciones nos da esta fabulilla? Dos veo en ella; primera, que el enemigo más temible suele ser el más pequeño; segundo, que después de vencer los mayores peligros, sucumbimos a veces ante el menor obstáculo.

### En qué año y quien fué el primero que ejecutó la suerte de alancear toros?

Es opinión muy corriente entre aficionados a la tauromaquia, que el primer alanceador de toros fué el Cid Campeador, y en el *Cicerone de la lidia de toros* se dice muy seriamente que el célebre héroe ejecutó la suerte en los años

1039 a 1040 «ante los R. yes Fernando I, Carlos V y Felipe IV»; pero, como dice muy bien el conde de las Naras en su obra *El espectáculo más nacional*, ni la historia ni la leyenda del Cid en sus primeras versiones, permiten suponer que el famoso castellano hiciera ninguna ocasión de picador ni de caballero en plaza. En cambio, se sabe con toda certeza que cuando aún el Cid no había nacido, ya los moros invasores habían cobrado afición a las lides taurinas, y siendo tan hábiles jinétes y teniendo la lanza entre sus principales armas, nada tiene de extraño que entre ellos hubiese diestros lanceadores.

Pero documentos concretos y fidedignos obligan a asegurar que la suerte de la lanza es mucho más antigua que el Cid y que los moros. Plinio nos dice que se practicaba ya en Roma, siendo Julio César el que introdujo el espectáculo, cuya invención se atribufa entonces a los tesalios y aunque esto no es decir que César alancease por su propia mano, el historiador taurino Castellano no vacila en disputarle por el primer picador de quien se tiene noticia. Mucho antes, sin embargo, de época del dicta-

dor romano, los españoles dedicábanse a cazar toros, combatiendo con ellos, como muy acertadamente suponía Moratin en su *Carta historica*, y es más que probable que estos combates se hiciesen a caballo y con lanza, como medios más seguros para vencer a tan fuertes reses.

Renuncie, pues, el que hizo la pregunta a conocer el nombre del primer alanceador y la fecha exacta en que por primera vez ejecutó su proeza, pues seguramente esta suerte, que no dudo en llamar la más atingua del toreo, nació en eso que suele llamarse noche de los campos.

### ¿Por qué se les llama "gabachos" a los franceses?

Hay en el Suroeste de Francia un río de poco caudal que, procedente del macizo de colinas próximo al lago de Lourdes, pasa por los departamentos de los Altos Pirineos, Bajos Pirineos y las Landas, y va a desaguar en el Adour. Este río se llama el río Gabas, y desde tiempo inmemorial los españoles de la región pirenaica llaman, por esta razón, gabachos a los naturales de la región por donde pasa el río aludido. La misma razón que hizo llamar moros a todos los que venían de África y llevasen turbante, la que aun nos hace calificar de ingleses a todos los procedentes de las Islas Británicas, aunque hayan nacido en Escocia o en Irlanda, hizo que el nombre de gabachos se extendiese pronto a todos los franceses del país próximo al Pirineo, y, por último, a todos los habitantes de Francia, sin duda porque para la gente ignorante todos venían del país del Gabas.

Para que se vea con qué facilidad el vulgo amplía el sentido verdadero de las palabras, puede recordarse que en muchos pueblos de España se emplea el mismo calificativo gabacho como sinónimo de falsa o desleal, sólo por el hecho de haberse valido los franceses de la deslealtad para invadir a España. Se trata, como se ve, de un fenómeno filológico muy frecuente, pero no por eso menos curioso. El adjetivo se aplicó primero a los habitantes de las orillas del río de cuyo nombre se deriva, después a todo el país en que se encuentra el río, y, por último, a todo el que tiene las mismas cualidades que dichos habitantes tuvieron en una ocasión dada.

## CHISTES

### Suicidio frustrado

Conozco un valiente decía un andaluz—que se pegó un tiro a boca e jarro. —¿Y se lastimó?—le preguntó otro guasón.

—¡Quía! ¡No señó, porque la pistola era e hispa y se le orvidó ponerle la piedral!

### Muy buenas noches, señores!

Un macareno tuerto, que había venido a Madrid a despachar unos asuntos, queriendo presenciar todos los espectáculos de la villa y corte, asistió una tarde al frontón Central con el fin de contemplar un partido de pelota; pero entró en tan fatal momento que, viniendo la pelota disparada por el aire, le dió tan fuerte golpe en el ojo sano, que se le aplastó.

El individuo lastimado, al notar aquella obscuridad en que se encontró de repente, se contentó con decir, quitándose el sombrero:

—Muy buenas noches, señores.

Imp. de M. Sintés Rotger. — Mahón